Voy por un momento á desarrollar ahora á mis lectores ese cuadro sombrío de la conjuracion de Tlalpam, que menciona el médico de cámara, para recojer así siquiera algunas de las terribles efemérides de aquel periodo, y fijarlas en la historia, como fija el naturalista en un cuadro las aterciopeladas mariposas de la noche prendidas con alfileres.

---

## II.

En los últimos dias de Setiembre de 1866 tuvieron lugar, en efecto, los fusilamientos de que habla el Dr. Basch, el cual lanza á la publicidad la sospecha terrible de si hubo realmente tal conspiracion ó si fué inventada por O'Horan, quien, dice tambien Basch, disfrutó de una reputacion harto dudosa por haber cambiado de color repetidas veces durante su vida política y militar, y por haberse distinguido siempre por su escesiva crueldad, ya con los liberales ya con los conservadores.

Difícil es hoy levantar el velo que cubre aquellos sucesos, y mas aun cuando sobre los pliegues inferiores de ese velo que arrastra en tierra, está tirado el cadáver del ejecutor, y no queremos profanar sus restos.

Es, pues, imposible arrojar una luz bien clara sobre aquella trajedia, y tenemos que dejar en pié la sospecha que entonces corrió en alas del rumor público de haber sacrificado O'Horan, no á los conspiradores si no á sus propios cómplices, que con él trabajaban por derrocar el imperio y que pudieron comprometerlo con sus declaraciones.

El mismo O'Horan ha fomentado esta idea cuando aseguró que sirvió á Maximiliano por ayudar á los republicanos, con lo que quiso defenderse cuando estos lo juzgaron despues de la ocupacion de la capital.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Pero en mi papel de rectificador no me queda en esta materia mas que completar la narracion del médico de cámara, el cual solo menciona al correr la pluma ese episodio sangriento con una horrible indiferencia. ¿Qué le importa, sin duda, la ejecucion de algunos mexicanos mandada por su Señor?

Basch solo cuenta el último acto del drama; yo narraré los primeros, desde el prólogo, porque es preciso que la historia de aquella época abunde en todos sus principales datos, á fin de que la posteridad la conozca en sus menores detalles.

Porque, en efecto, los fusilamientos de Tlalpam en 1866 eran el cuadro final de un drama que habia comenzado á desarrollarse desde un año antes.

Tlalpam era un distrito de fatal agüero para los prefectos imperiales.

Falcon habia sido asaltado al entrar á su propia casa durante la noche.

Los agresores envueltos en las sombras se arrojaron sobre él: la lucha se entabló; se oyeron algunos tiros, y despues todo quedó en silencio. Al dia siguiente se encontró el cadáver del gefe político nadando en su sangre. El suelo conservaba las huellas del combate, y en la pared se veía engastado el ojo de la víctima que habia arrastrado una bala, y que colocado en el hueco que esta habia hecho, parece que veía fijamente á los transeuntes.

Becerril fué á succederle.

Becerril era un anciano patriota, leal, honrado, y que habia servido á México desde la primera guerra de independencia.

No sé cuales serían los principios políticos que profesaba, pero si sé que su carácter tan recto y tan justificado no transijia con el bandalismo. Cuando fué invitado para servir la prefectura de Tlalpam, el principal móvil que lo arrastró á aceptar ese puesto fué su entusiasmo por estinguir á los ladrones, que asolaban aquella comarca bajo el pretesto de guerrilleros, con los cuales no deben confundirse.



Becerril comenzó su penosa tarea.

Pero un dia atravesaba el *Pedregal*, esa faja de rocas volcánicas que interrumpe el verde suelo de Tlalpam. Al atravesar una estrechísima encrucijada al frente de un piquete de gendarmería, distinguió á dos hombres agazapados en el hueco de una peña.

Inmediatamente lanzó su caballo, empeñándose mas en aquella garganta de piedra, cuando se escucharon dos detonaciones que partieron de ambos lados del camino, y el anciano cayó herido con el cuerpo atravesado por dos balas.

Este asesinato derramó un terror pánico entre los pretendientes que buscaban empleos en la corte, y el imperio no encontraba quien se encargara de aquella azarosa prefectura.

Entonces se pensó en el general O'Horan: este iba á marchar á Yucatan á continuar la guerra contra los indios, cuando su tio el ministro Escudero y Echanove lo empeñó á que marchara á Tlalpam.

O'Horan vaciló, y cuando se vió al fin comprometido á aceptar, se presentó en una junta de liberales que se reunia en la casa de Joaquin Alcalde, y espuso que tomaba el mando de aquel Distrito, pero que allí serviria en cuanto pudiera á sus antiguos correligionarios.

Preciso es decir que cumplió sus compromisos y que muchos liberales le debieron su salvacion. Mas tarde lo perdieron sus vacilaciones y la ilusion que lo fascinó de que el imperio estaba definitivamente consolidado.

O'Horan tomó el mando del Distrito bajo los auspicios de un ministerio liberal, y esto debe tambien tomarse en cuenta al juzgar su conducta. Así fué que apenas llegó á Tlalpam cuando se puso en contacto con los liberales que allí habia.

Y hay que recordar que en todos esos pueblos situados en

la falda de las sierras del medio-dia, solo se respira el aire de libertad que baja de las montañas que ha barrido como una avalancha las huestes de la reaccion que intentaban ir á batir á los guerrilleros de la reforma y de la independencia.

Si habia tambien bandidos, esto debe imputarse á la desorganizacion de las clases sociales por la revolucion, y á lo favorable que son aquellos montes para abrigar á los malhechores.

Uno de los primeros actos de O'Horan fué autorizar con su presencia la festividad del 5 de Mayo, celebrada en Tlalpam en pleno imperio y á riesgo de despertar las suceptibilidades del ejército interventor.

En efecto, Bazaine elevó hasta Maximiliano una enérgica queja contra aquella conmemoracion de la derrota de la Francia en los cerros de Puebla. El gabinete imperial interrgó entonces al general O'Horan, y este contestó que el hecho era cierto, y que al permitir que se celebrara el recuerdo de la victoria de Mayo, habia tenido presente que uno de los programas del imperio era la independencia del suelo mexicano, y que esa independencia habia sido ultrajada por las tropas francesas. Remarcaba ademas que creia necesario halagar el espíritu de aquellos pueblos.

La respuesta era terrible, porque envolvía á la vez una leccion y un reproche.

O'Horan, con esto, fué perfectamente aceptado en el Distrito, y los liberales tuvieron algun respiro, porque solo se perseguia á los bandoleros.

Esta calma duraba ya hacia algunos meses, cuando en Octubre de 1865 Maximiliano anunció oficialmente á la Nacion, que Juarez habia abandonado definitivamente el territorio mexicano y que la causa republicana quedaba sin bandera.

El apoyo de la declaracion oficial era el mendaz parte dado por Brincourt. La premisa era, pues, tan falsa como la



consecuencia, porque el gefe francés contaba un hecho falso, y porque el archiduque se equivocaba al creer que porque un hombre arrojaba al suelo en su fuga la bandera que se le habia confiado, esta quedaba perdida. El pabellon de la independencia de un pueblo jamás sucumbe, porque la idea que encarna flota en el viento que se respira, cintila en la luz del espacio, germina en cada átomo de la tierra y en cada corazon henchido por el amor á la patria.

Pero Maximiliano creyó, ó afectó creer, el parte militar de los franceses, y con ese motivo dió la terrible amnistía que se llamó decreto de 3 de Octubre.

¡Espantosa ironía que bautizaba con el nombre de gracia á la implacable ley que empapó en sangre el territorio del imperio!

O'Horan fascinado por la opinion general, se aterró ante la mentida derrota del partido que amparaba, y quiso retroceder consagrándose enteramente á la causa imperial.

La reaccion que se operó en su ánimo tuvo que traducirse por actos que lo vindicaran ante su gobierno, y que borraran hasta las sospechas que habian dado orígen á que se concibiera.

Desde entonces comenzó á perseguir con encono á sus amigos de la víspera. Si en esto solo queria sofocar la voz de sus cómplices, es una acusacion que han lanzado muchos pero que yo no repetiré, porque no olvido que O'Horan descanza ya en el inviolable asilo de la tumba.

Dias antes y con motivo de las festividades de Setiembre de 1865, los operarios de las fábricas de Tlalpam habian significado al prefecto que era preciso hacer ya una demostracion armada contra el imperio.

O'Horan que veia perdida aún la causa de la república, temió que lo comprometiera la impaciencia de sus cómplices, y dió parte á México. Entonces salieron de la capital varios destacamentos, que se desparramaron por los contor-

nos, rodeando á Tizapam y demas avenidas. Esto sirvió á O'Horan para que dijera á los liberales que era preciso aguardar á que se retiraran las fuerzas.

Pasemos este paréntisis de tiempo, y lleguemos al luctuoso mes de Octubre de 1865.

O'Horan tuvo ese vértigo de sangre que solía innundar su cerebro, y se lanzó á las crueldades que tanto se le reprocharon mas tarde.

Un dia despues de una espedicion por el pedregal, tornó diciendo que habia aprehendido á los asesinos de Becerril y que los habia fusilado. Dijo ademas que antes de morir habian declarado que Martinez y el boticario Muñoz estaban complicados en el plan de la insurreccion, cuyo principal artículo era el asesinato de los prefectos.

Martinez fué deportado á Yucatan.

Muñoz fué conducido á la corte marcial de Tlalpam.

Entonces comenzó aquel sombrío proceso tan lleno de irregularidades y cuyo desenlace fué terrible.

Se comenzó por catear la casa de Muñoz: pero antes describamos á este personaje.

Bajo de cuerpo, ancho de espaldas, las piernas arqueadas como se ven en los que habitualmente están á caballo, la cara ancha, trigueña pero teñida de un color fuertemente rosado en los pómulos, la boca grande, la dentadura magnífica, aquel era un acabado tipo de la raza indígena fuertemente bastardeada con la sangre española.

En el rostro de Felipe Muñoz se revelaban la inteligencia y la audacia, y en sus ojos inquietos y cintilantes relampagueaban las profundas pasiones de aquella alma.

Muñoz nombró tres veces defensor, y otras tantas se estraviaron las comunicaciones dirigidas á los abogados.

Por fin se presentó en la corte marcial Joaquin Alcalde, llamado por Ramirez Arellano.



Alcalde es una figura muy prominente en la historia de nuestro partido liberal.

Pequeño de cuerpo, robusto, trigueño, la barba pobladísima, las cejas espesas y muy negras, tocándose la una con la otra, los ojos grandes algo salientes, oscuros pero brillantes como el diamante negro, dentadura magnífica y nariz un poco grande: el rostro del abogado republicano es muy simpático, y respira su alta inteligencia y su valor civil.

Joaquin Alcalde solo ha tenido dos causas en el programa de su vida y á las que se ha dedicado enteramente, la causa de la república y la de los desgraciados. Es una grande alma y un gran corazon.

Hizo prodigios en la defensa de Muñoz, pero todo fué inútil. El reo estaba condenado de antemano.

Al catearse su casa, en medio de aquel menaje compuesto de libros viejos, momias, esqueletos y retortas, se encontró un secreto de familia que la prensa de entonces no vaciló en revelar al público.

Dícese que en un subterráneo se encontró una jóven robada por Muñoz.

Ademas se dijo que se habia encontrado una carta que comprometía al reo. Pero es de notarse que de esa carta hablaron imprudentemente los periódicos antes de que se encontrara, lo cual hace suponer que fué fabricada *ad hoc.*

Muñoz fué sentenciado á muerte; como en su defensa habia acriminado á la familia Becerril, Alcalde escribió al reo, que permanecía severamente incomunicado, la magnífica carta que sigue:

"Sr. D. Felipe Muñoz.

"México, Octubre 11 de 1865.

"Muy señor mio:

"La Señora de V. me dijo anoche, que habia logrado